

PECADOS PROPIOS [55]

2024

Meditación – día 8

Tal vez no haya existido un enemigo más acérrimo de la divulgación del libro de los Ejercicios que su propio autor. Fueron contadísimas las personas que, en vida de S. Ignacio, pudieron hacerse con un ejemplar manuscrito del librito. Cuando la necesidad de poner el texto auténtico en manos de los directores movió a S. Ignacio a imprimirlo, obtuvo que en la Bula de aprobación se prohibiese expresamente, bajo pena de excomunión y de 500 ducados de multa, el que nadie, sin su expreso permiso o el de sus sucesores, pudiera reimprimirlo. Y él mismo se reservó toda la edición, para repartir los ejemplares, con rara parsimonia.

Los discípulos e inmediatos sucesores de S. Ignacio aprendieron muy bien [...]. Prueba de ello son las recomendaciones de los Directorios de que no se dé el libro de los Ejercicios al ejercitante, sino en casos muy especiales y al final de los Ejercicios, pues «han sido impresos para que los usen solamente los Nuestros que deben darlos, no para que los den escritos a otros»¹ [...].

Con este modo de proceder, pretendían evitar un peligro y afirmar una táctica. El peligro lo expone así el Dr. Torres en su 1.º Apología de los Ejercicios: «A esto digo yo, que es muy bien hecho que estos ejercicios no vengan en manos de todos, sino solamente a manos de aquellos que los quieren hacer², porque la utilidad y provecho de ellos no está en leerlos, sino en hacerlos, y si viniesen a manos de todos, luego los menospreciarían; y con decir, los ejercicios tengo en casa, ninguno los haría, pensando que bastaba tenerlos en casa y leerlos, y así se perdería grandísimo provecho que se hace en las ánimas acerca de muchos que los hacen ...»³. La táctica que pretendían afirmar era que los Ejercicios no solamente son para leer y sí para hacer, sino, sobre todo, que ni siquiera se hacen simplemente, sino que se dan y se reciben⁴. Es decir: Ignacio, el autodidacta de la vida espiritual, ha compuesto un método esencialmente antiautodidáctico. Tras las experiencias de Manresa, todo ejercitante deberá someterse a un pedagogo que le «dé» los Ejercicios.⁵ **(P. Lop Sebastià)**

Vemos, entonces, cuán necesario sea el director, “el que da los Ejercicios”, y cuánto cuidado tenía san Ignacio –y luego sus sucesores– de que estos sean jesuitas (“los Nuestros” afirma el texto de uno de los Directorios). ¿Cómo entonces nosotros –y muchos otros– que no somos jesuitas, damos los Ejercicios?

¹ Directorio 18 (6).

² No expresa aquí Torres exactamente la realidad, pues por lo general, ni siquiera al que hacía los Ejercicios se le daba el librito, aunque sí se le «dictaban» algunos.

³ *Mon. Ig., Ex.*, 655.

⁴ LETURIA, *Estudios ignacianos*, 11. pág. 272. nota 9.

⁵ M. LOP SEBASTIÀ, *Los Directorios de Ejercicios*, 453-455.

La respuesta es muy sencilla: puede dar bien los Ejercicios, sea jesuita o no lo sea, quien sea fiel a San Ignacio. Los Ejercicios son ya un bien de toda la Iglesia, como lo es también, por ejemplo, la Suma Teológica de Santo Tomás (a nadie se le ocurriría decir que solo un dominico está capacitado para enseñarla⁶).

A este respecto el P. Kolvenbach, superior general de los jesuitas de 1983 a 2008 afirmaba en una carta a los Provinciales en Loyola, en 2005:

La Compañía no puede responder a todas las demandas de directores [de Ejercicios] bien preparados [...]. La Compañía no posee el *copyright* de los Ejercicios (Ignacio insistió en que pertenecen a la Iglesia)⁷.

Con respecto a este punto, fue Pío XI quien puso por escrito, con su autoridad de Sumo Pontífice, lo que ya se estaba viviendo en la Iglesia:

Declaramos y constituimos a San Ignacio de Loyola celestial Patrono de todos los Ejercicios espirituales y, por consiguiente, de todos los institutos, asociaciones y congregaciones de cualquier clase que ayudan y atienden a los que practican Ejercicios espirituales⁸.

Por tanto, ya sea un jesuita, ya sea un sacerdote de otra orden o diocesano –o religiosa, o laico– que vaya a dirigir una tanda de Ejercicios, lo importante es que sea fiel a su autor. Enseñaba Pío XII:

Los Ejercicios de San Ignacio serán siempre uno de los medicamentos más eficaces para la regeneración espiritual del mundo y para su recta ordenación, pero con la condición de que sigan siendo auténticamente ignacianos^{9, 10}.

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

San Ignacio propone la misma composición de lugar que en Tres Pecados; puede servirnos también imaginarnos al publicano en el templo repitiendo “¡Ob Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”. (Cf. Lc 18,9-14)

Petición:

[55] 2º *preámbulo*. El segundo es demandar lo que quiero; será aquí pedir crecido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados.

Ejemplo de la vida de San Ignacio, en París:

⁶ Es más, para nosotros, miembros de la familia religiosa del Verbo Encarnado, el mejor tomista de la historia no es dominico, sino estigmatino, el P. Cornelio Fabro (<https://corneliofabro.org/>).

⁷ P.-H. Kolvenbach, *Escritos*, II, 179-180; a los Provinciales en Loyola, 26 de noviembre de 2005.

⁸ Constitución Apostólica *Summorum Pontificum* (25 jul. 1922): AAS 14,420.

⁹ Pío XII, *Discurso* del 24/10/1948.

¹⁰ G. LOMBARDO, IVE, *Peregrinando hacia la Santidad: Reflexiones y anécdotas ignacianas para cada día del año*, Voz Católica, San Rafael 2024, 388-389.

«Había también en aquella ciudad un sacerdote religioso de vida muy estragada y muy enemigo de Ignacio, al cual, por eso mismo, había procurado con muchas tentativas llevarlo a Dios; pero siempre inútilmente. Por fin inventó esta santa estratagema: un domingo se va a comulgar a una iglesia que estaba cerca de la casa donde vivía aquel desdichado, y, como de paso, entra en su casa y le pide le oiga en confesión. Hallóle aún en cama, y muy perturbado de ver lo que le pedía; pero al fin no supo cómo negarse. Después de las faltas ordinarias, dícele Ignacio que quiere acusarse también de algunos pecados de la vida pasada, y empieza a llorarlos con tanta contrición, que el confesor quedó juntamente admirado y avergonzado. Esto le hizo entrar en sí, y principió a estimar a aquel que antes aborrecía, y, finalmente, vino a hacer los Ejercicios que le dió el mismo Ignacio hasta salir de ellos tan cambiado que dió una edificación proporcional al escándalo que antes había causado con su mala vida»¹¹.

CUERPO DE LA MEDITACIÓN

Seguimos libremente el libro de Casanovas¹².

Ahora sabemos ya el juicio exactísimo que Dios forma del pecado, tenemos unas balanzas justísimas para pesarlo, sabemos cuál es su precio; pero esto no nos espantará cuando ahora entremos a contemplar la multitud y malicia de nuestros pecados, puesto que de antemano sabemos ya que hemos sido perdonados, porque nos ha amado.

1- PUNTO PRIMERO: PROCESO DE LOS PECADOS

[56] «1º punto. El primer punto es el processo de los pecados; es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo; para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el officio en que he vivido».

Es un proceso, no delante del juez, sino delante del Redentor; proceso que hago yo voluntariamente, para confundirme, avergonzarme, conocer más y más el amor de mi Redentor. Cuantos más sean los pecados, tanto más crecerá la confusión, la vergüenza y el amor: por esta razón quiero hacer el proceso de toda mi vida, recogiendo y amontonando al pie de la cruz todos mis pecados. Quiero apropiarme el espíritu con que el hijo pródigo, caído de hinojos delante de su padre, dijo aquel **peccavi in caelum et coram te**: he pecado contra el cielo y contra ti¹³. Quisiera tener aquellas mismas disposiciones con que Santa María Magdalena hizo su confesión general, postrada delante de todos, con la cabeza rendida a los pies de Jesús, y lavándolos con sus lágrimas. En aquellas lágrimas había una confesión más justa y más verdadera que en todas las palabras que se podrían decir.

División de la vida. Para hacer mejor este proceso, dice San Ignacio que se divida la vida por años o por temporadas, y que en cada una de estas divisiones se atienda a tres

¹¹ IGNACIO CASANOVAS, *San Ignacio de Loyola*, Balmes, Barcelona³, p. 202-203.

¹² IGNACIO CASANOVAS, *Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Tomo III, Día quinto, Los pecados propios, pág 144.

¹³ Luc 15,21.

cosas: «1° mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la 2° la conversación que he tenido con otros; la 3° el officio en que he vivido» [56]. Apliquemos, pues, estas tres divisiones a tres temporadas de la vida: infancia, juventud, edad madura.

Infancia. Recordemos nuestro despertar a la vida. Aquellos primeros actos del alma que Dios desea con tanto afán, porque son las primeras flores purísimas de la inocencia. ¿Qué fueron en mí? ¿Amé a Dios, o quizá corrí ya a revolcarme en el fango del pecado?

Entremos en el templo. Allí está la pila bautismal, en donde me dieron la vida sobrenatural de la gracia con las virtudes y dones del Espíritu Santo. «Sal de aquí, espíritu maligno, dijo el sacerdote, al borrar el pecado original, y da lugar al Espíritu Santo.» ¿Qué hice de aquella gracia, de aquellas virtudes, de aquellos dones? ¿Eché tal vez en seguida afuera al Espíritu Santo, para dar entrada de nuevo al demonio? Allí me dieron aquel vestido blanquísimo de la inocencia, y al ponérmelo, me dijo el ministro de Dios: «Recibe este vestido purísimo, y acuérdate que lo has de presentar inmaculado delante del tribunal de Jesucristo el día del juicio.» ¿Dónde está aquel vestido? ¡De un extremo a otro de mi vida veo jirones de él en las espinas del camino, y de arriba abajo lo veo manchado de pecados e inmundicias! Allí está el confesionario en donde hice mis confesiones; allí el altar en donde hice mi primera comunión. ¿Cómo recibí estos sacramentos? De las gracias que en ellos me otorgó el Señor, de las promesas que le hice, ¿qué me queda?

La casa de mis padres es un relicario de mis recuerdos: ¡oh, si todos fuesen de Dios y del cielo! Iré siguiendo con la imaginación cada pieza, recordando lo que allí hice contra el Señor. Tal vez este recorrido sólo arrancará lágrimas a mis ojos. Recordaré las personas con que trataba, y primeramente mis padres. ¡Cuántas desobediencias, cuántas rebeliones, cuántos caprichos con que no sólo ofendí a Dios, sino que quizá le ofendieron ellos por no contrariarme. Mis criados e inferiores. Recordaré la soberbia, tal vez también la injusticia con que los trataba. ¡Quién sabe las ofensas y pecados que ellos cometieron por culpa mía! Mis parientes, sobre todo de la misma edad. ¿Cuáles eran nuestros juegos y nuestras conversaciones?

El colegio o escuela en donde me eduqué. Desobediencias a los maestros, pereza, tiempo malgastado, mentiras, calumnias, quizá contra mis compañeros. Las amistades. ¡Oh! ¡Qué capítulo éste! Las primeras confidencias de cosas malas; aquellas conversaciones, aquellas lecturas, aquellos actos llenos de maldad; quizá fui yo quien arrebaté la inocencia de otros, haciendo de demonio con los ángeles de Dios.

Juventud. Repasemos esta edad en que todo se gana y todo se pierde.

Entremos primero dentro de nosotros mismos. ¿Qué pasó en nuestro corazón cuando se despertaron mis pasiones? Mis pensamientos, mis afectos, mis deseos, ¿cuáles fueron? Tal vez no quedó nada del tesoro de cosas buenas recibidas en mi educación. Un egoísmo frío y exigente; una pereza para todo lo serio, y particularmente para las cosas religiosas; un desenfreno de los sentidos y de todo cuanto halagaba mi sensualidad; un genio intolerable, propenso a la ira y al insulto; un pensar que no había otra ley que mi voluntad.

Recordemos las diversiones. Me hice de la vida el concepto de una pura diversión, y a él sacrificué todas las cosas. Vestidos, lecturas, espectáculos, paseos tertulias, amistades; ¿qué cosa hallaré pura, digna de un cristiano? ¿En dónde no habré de llorar caídas graves, y quizá complicidades criminales en la perdición de otros? El escándalo, este ladrón de las almas, aliado del demonio ¿ha entrado también en mis costumbres? Las ocasiones de pecado ¿no han sido ya para mí la cosa más natural de mi vida?

Repasemos nuestro oficio, carrera, estado. "Todo tiene sus obligaciones, y guardarlas forma parte de la vida digna de un hombre y de un cristiano. ¿Qué me dicen mis obligaciones?"

Edad madura. Si ya he llegado a esta edad de las grandes enmiendas o de las grandes obstinaciones, he de hacer un recuento de los pasos que doy, de las obligaciones con Dios y con los hombres, de los negocios, de la familia, de los súbditos que tengo bajo mi responsabilidad, de la religión, de la justicia, de la caridad, del uso de los bienes de la tierra, y de todas aquellas cosas, lugares o personas que me pueden ser causa u ocasión de ofensa a la Divina Majestad.

Todas estas miserias mías las he de amontonar al pie de la cruz, poniéndolas como pedestal de este monumento que he alzado, y que Dios benignísimo ha coronado con su amor. Éste soy yo. Ahora puedo compararme otra vez con aquellos ángeles condenados por un pecado; con aquellos primeros padres prevaricadores; con tantas almas condenadas por menos pecados que los míos. ¡Oh, cómo se multiplican los sentimientos de la meditación pasada!

2- PUNTO SEGUNDO: PONDERAR LOS PECADOS

[57] «Ponderar los pecados mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado».

Cuando el espíritu esté bien impresionado con esta imagen que hemos pintado en el primer punto, quiere San Ignacio que tomemos en nuestras manos cada pecado mortal cometido, y procuremos pesarlo, sopesarlo y examinarlo hasta en sus elementos más esenciales, para ver de penetrar dos cosas: la fealdad y la malicia.

La fealdad parece referirse más al entendimiento o a las facultades estéticas: la malicia, a la voluntad.

Comenzando por lo que es más elemental y más asequible a todos, pecar es quebrantar voluntariamente la ley de Dios. ¿Quién hay que no vea y sienta que esto es una cosa fea y llena de malicia? Después examinaremos estos dos extremos. Dios ofendido, y hombre ofensor; ahora sólo consideramos en sí mismo el acto de conculcar la ley puesta por el Creador, Señor y Padre nuestro. Ninguna ley tiene el derecho de la ley divina a ser obedecida, por razón del dominio y del amor del legislador; ninguna ley manda o prohíbe cosas tan grandes y transcendentales, como la ley de Dios. Todas las otras leyes tienen valor porque lo participan de la ley divina. Es por consiguiente monstruoso y criminal que una miserable criatura pisotee esta santa ley.

Esta consideración es muy clara. Pero el espíritu rectísimo de San Ignacio, saturado de luz del Principio y Fundamento, quiere que examinemos, conozcamos y aborrezcamos la fealdad y malicia que encierra el acto del pecado en sí mismo, aunque no hubiese ley divina que lo prohibiese. Dios creó y ordenó todas las cosas con una belleza y santidad inefable; tiene un ideal sobrenatural que quiere realizar en el mundo; crea seres racionales que conozcan este orden divino puesto en las cosas, para que así ellos, y por ellos la creación entera, se levanten, participen de la santidad divina, y entren después en la plena unión con la divinidad. Ahora prescindamos de que Dios, por su misma santidad, tiene obligación de condenar y prohibir todo lo que vaya contra esta ordenación esencial de su sabiduría y de su amor, y fijémonos tan sólo en la rectitud y belleza del orden establecido por Dios en todas las cosas. ¿No será algo intrínsecamente feo destruir este orden? ¿No será una malicia contraria a la santidad? Cuando contemplamos una persona de gusto y sentimientos degradados, que se complace en destruir una obra bella, en manchar una pureza moral, ¿no sentimos una repugnancia instintiva en nuestros sentimientos más elevados, un mal que hiere nuestra voluntad en lo que tiene de más recto, santo y ordenado? Pues esto es el pecado, aun prescindiendo de la ley de Dios. **Es una obra indigna, un acto vergonzoso, una falta de rectitud moral, una deformación del alma, una profanación del ideal divino, un robar a Dios el bien moral, el fruto de santidad y de santidad sobrenatural, que quería recoger de este mundo que Él había creado con este único fin.** Si hemos entrado en el espíritu del Principio y Fundamento, ha de repugnarnos esto instintivamente más aún que el castigo, porque es caer del ideal divino, que es toda nuestra gloria, y sobre todo, es la gloria de Dios. Reflexionemos, pues, qué monstruo de fealdad y de malicia será mi pobre alma, llena de tantos pecados que acabo de reconocer en mi vida.

Hasta aquí, hemos entendido aquellas palabras de San Ignacio «cada pecado mortal», refiriéndose a cada pecado mortal individual, como si dijéramos, «de todos y cada uno de los pecados mortales». Mas pueden tener también un sentido específico, como si dijéramos «cada especie de pecado mortal», y también aquí hemos de detener nuestra consideración.

No hay duda que el pecado mortal, como tal, es feo, porque repugna a la recta razón, a la cual se presenta deforme y vergonzoso. También es cierto que está lleno de malicia y perversidad, porque degrada la voluntad haciéndole amar lo contrario a la honestidad, rectitud y orden. Pero también es cierto que, así como hay diferentes especies de pecado, también hay diferentes especies de fealdad y de malicia, las cuales pueden ser consideradas, sentidas y apreciadas con particular atención. San Ignacio en el primer modo de orar nos enseña a seguir los mandamientos, los pecados capitales, las potencias del alma y los sentidos corporales «**para que pueda conocer en lo que he faltado acerca, los diez mandamientos... demandando perfecta inteligencia dellos para mejor guardarlos, y para mayor gloria y alabanza de su Divina Majestad**» [240]; y en el examen general enseña cómo se puede pecar por pensamiento, palabra y obra, haciendo resaltar todavía más especialmente en ésta clasificación diferentes especies de pecados, y hasta diversos grados de intensificación en una misma especie [32-42]. Esto significa que tiene por bueno y conveniente distinguir y apreciar bien la fealdad y malicia característica de cada pecado mortal.

Sigamos, pues, los mandamientos de la ley de Dios y los pecados capitales, reparando, considerando y sintiendo la fealdad y la malicia de cada clase de pecado, atendiendo al particular desorden y degradación que en sí encierra, aun prescindiendo de la ley de Dios. A lo menos será conveniente reflexionar sobre el desorden y la degradación particular que resulta de la afección desordenada a las riquezas, a los honores y a los placeres materiales. Cada uno de estos objetos buscado desordenadamente comunica a nuestros actos pecaminosos una particular fealdad y malicia. Más práctica y provechosa será aún la consideración si la dirigimos a aquellas especies de pecado de que tenemos manchada nuestra alma, o a que nos sentimos más inclinados.

«El P. Ribadeneira, primer biógrafo de San Ignacio, nos relata dos anécdotas de la vida de este que rebosan celo por las almas; la primera, siendo aún estudiante:

“Estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una mujer, con quien vivía mal, como no pudiese nuestro Padre por ninguna vía desasirle de ellos, se fue un día a esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que había de pasar junto a una laguna o charco de agua (yendo por ventura a donde le llevaba su ciega y torpe afición), éntrase el B. P. dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo a grandes voces: —Anda, desventurado; anda, vete a gozar de tus sucios deleites. ¿No ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios?... Anda, que aquí me estaré yo atormentando y haciendo penitencia por ti, hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra ti tiene aparejado. Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo de caridad, paró, y herido de la mano de Dios, volvió atrás confuso y atónito, apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba cautivo”.

La segunda, ya sacerdote y entrado en años:

“[...] al tiempo que en Roma se fundaba la casa de Santa Marta, si algunas meretrices distinguidas querían salir de su torpe negocio y recogerse a llorar sus culpas en saludable retiro, solía Ignacio acompañarlas por las callejuelas, [...]. Y era un espectáculo hermosísimo ver al santo anciano, como delantero que va abriendo la marcha a una muchacha joven, hermosa y vagueante, procurando arrancarla de las fauces del más cruel tirano y ponerla en manos de Cristo. Las acompañaba hasta el monasterio recientemente construido o a la casa de alguna dama principal, en donde poco a poco se amansasen y se habituasen a imitar el ejemplo de ellas [...]. Y como algunos le objetasen que era perder el tiempo el procurar el remedio de tales mujeres, porque encallecidas en los vicios, fácilmente retornaban, como el perro al vómito; de ningún modo —respondíales Ignacio— porque si con todos los cuidados y trabajos de mi vida pudiera conseguir que alguna de ellas pasase una sola noche sin pecar, daría por bien empleados todos mis esfuerzos con tal que en ese breve tiempo no fuese ofendido nuestro Dios y Señor”¹⁴.

En todo esto demostraba la gran pureza que quería en los miembros de la Compañía y cuánto deseaba que se cumpliese aquella frase suya tan común: «Que no osaría estar una noche debajo de tejado con uno de la Compañía, de quien, supiese que estaba en pecadomortal»¹⁵.

¹⁴ P. GUSTAVO LOMBARDO, *Peregrinando hacia la santidad*, día 225, 13 de agosto, pág. 283.

¹⁵ L.G.DACÂMARA,S.I.,*Recuerdos ignacianos: memorial de Luis Gonçalvesda Câmara*, ed.B.HERNÁNDEZ-MONTES,S.I., Editorial SAL TERRAE 1992, 243-244.

San Ignacio, varios años después de su conversión volvió a sus pagos de Loyola para reparar el mal ejemplo dado en sus tiempos de juventud. El P. Polanco dice:

«que en donde había sido hasta a muchos piedra de escándalo, quería dar alguna edificación, a saber, en su patria»¹⁶.

Querían convencerlo de que no viva en el hospital, etc. y dijo, el Santo a su hermano que lo buscaba para llevárselo a su castillo, que...

«Él no había venido a pedirle a él la casa de Loyola, ni a andar en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios, y dar a entender a las gentes cuán enorme cosa era el pecado mortal»¹⁷.

Juan Pablo II afirmaba “el Espíritu de la verdad, que «convence al mundo en lo referente al pecado»... Se sabe que **reconocer el mal en uno mismo a menudo cuesta mucho**”¹⁸.

3- PUNTO TERCERO: NUESTRA PEQUEÑEZ

[58] «3º punto. El tercero: mirar quien soy yo disminuyéndome por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; 2º, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso; 3º mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo solo ¿qué puedo ser?; 4º mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; 5º mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima».

Este punto no necesita declaración. San Ignacio quiere representar tan gráficamente como es posible, quién es el que se atreve a ofender a Dios, quién es en cantidad, y quién es en calidad. Esto es cuestión de experiencia, y no hay más que abrir los ojos.

4- PUNTO CUARTO: GRANDEZA DE DIOS

[59] «4º punto. El cuarto: considerar quién es Dios, contra quién he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: su sapiencia a mi inorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia».

Lo podemos decir con San Pablo: «*El que se cree que es algo no siendo nada así mismo se engaña*». (Gal 2,3)

Y sobre la grandeza de Dios: «*Todas las naciones son como nada ante él, como nada y vacío*». (Is 40,17)

Es que nó solamente existe esa diferencia entre la grandeza de Dios y nuestra pequeñez, sino que nuestra pequeñez, nuestra nada osa levantarse ante Dios.

Y santa. Teresa de Jesús:

«La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel -que sin esto todo va perdido- más consideramos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Así el alma en el propio

¹⁶ IGNACIO CASANOVAS, *San Ignacio de Loyola*, Balmes, Barcelona³, p. 219.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 45.

conocimiento: créame y vuele algunas veces a considerar las grandeza y majestad de su Dios. Así hallaré su bajeza menos que en sí misma....! a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad, considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes»¹⁹.

San Alfonso Rodríguez Escribía:

«Una consideración, y muy alta y divina, para que el alma por ella sumamente se conozca y humilde se vuelva a la nada, es esta: la consideración de los atributos y perfecciones divinas por las cuales suele Dios dar al alma una grande luz porque de verdad se conozca y se humille, deshaciéndose por ellos hasta venir a la nada; sacando por la consideración del Ser Infinito de Dios mi nada; y por la bondad infinita de Dios saque el alma su incomprendible maldad; y por su infinita Sapiencia saque el alma su grande ignorancia; y por el infinito Poder de Dios saque su gran flaqueza; y por su infinita Hermosura saque su gran fealdad, y por su infinita Riqueza saque su gran pobreza y miseria; y por su justicia saque el alma su iniquidad, viniéndose a deshacer el alma por este camino, conociendo que Dios es el que es, y ella la que no es»²⁰.

Seguimos con Casanovas:

Este punto es altísimo y muy apto para la contemplación larga y reposada. Es aquel **noverim te, noverim me** (conózcate a ti, conózcame a mí) de San Agustín, aplicado al pecado. El contraste es lo que más ilumina e impresiona, pero a condición de que se conozcan bien los extremos contrapuestos. De nuestra miseria tenemos pruebas palpables, y nos basta abrir los ojos para verla; pero de las perfecciones altísimas de Dios ¿qué concepto nos podemos formar, si no viene la luz divina a iluminarnos? Pidámosla, pues, humildemente, para que podamos entender la gravedad de nuestros pecados, su fealdad y su malicia. Dios escucha al Pecador que llega a la presencia de su padre, como el pródigo, y se postra delante de Él, para llorar y hacer penitencia.

Una vez, pues, hayamos pedido esta luz del cielo, pongámonos delante de la Divina Majestad, y tomemos uno de sus atributos. Repitémoslo muchas veces con espíritu de verdadera devoción, contraponiendo a él nuestra miseria, haciéndolo por ejemplo de la siguiente manera: Vos sois, oh, Dios mío, la infinita sabiduría, y yo la suma ignorancia; pero la suma ignorancia se ha alzado contra la infinita sabiduría, y la ha menospreciado, pisoteado e injuriado. Por vuestra sabiduría infinita, tened misericordia de mí, y perdonad mis pecados, pues me pesa de haberos ofendido. Esta letanía digámosla con gran reposo, deteniéndonos en cada palabra tanto como pida nuestra devoción, y repitémosla, y recorramos todos los atributos y perfecciones divinas contrapuestas a nuestras miserias. Es ésta una manera de orar enseñada por San Ignacio, muy apta para golpear la roca de nuestro corazón, hasta que salte el manantial de las lágrimas de verdadera contrición, que es precisamente lo que aquí buscamos.

¹⁹ TERESA DE ÁVILA, *Las Moradas*, c.2.

²⁰ *Transformación del alma en Cristo*, c.17.

5- PUNTO QUINTO: ¡ADMIRACIÓN

[60] “5º *puncto*. El quinto: exclamación admirativa con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dexado en vida y conservado en ella; los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, fructos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos”.

Bien se ve en estas palabras de San Ignacio cómo estallaba en él el sentimiento de dolor, y cómo todo le hablaba de esto mismo. Este viaje recorriendo todas las criaturas, si no se hace por pura fórmula, antes bien por verdadero sentimiento de devoción, al par que intensificará el dolor, creará en nuestra alma una profunda humildad, para aceptar todas las cosas amargas de la vida como fruto natural del pecado. Siempre que nos airamos contra una adversidad de la vida, venga de donde venga, nos olvidamos de que somos pecadores, que toda criatura tiene derecho contra nosotros, y nosotros no tenemos ninguno contra nadie. Es una pequeña expiación en comparación de las penas que lloverían sobre nosotros, si Dios no hiciese más uso de su misericordia que de su justicia.

Se cuenta de la vida de San Ignacio:

«Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla sin decir quién era, para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino yerbas. Mas, cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, **temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido**».

Coloquio:

[61] *Coloquio*. Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante. Pater noster.

«Coloquio de misericordia», dice concisamente San Ignacio, pero hemos de procurar desentrañar lo que hay encerrado en esta palabra, una de las más consoladoras que tenemos en nuestra religión.

Misericordia es el amor del miserable. Hay un amor que aprecia lo que tiene valor, y de este amor es capaz nuestra voluntad, si conoce el valor de las cosas. Pero hay otro amor que aprecia lo que no vale nada, y hasta lo que sólo tiene el valor negativo de su miseria, y éste no es amor de criaturas, sino amor propio de Dios. Dios ama las cosas, no por el valor que tienen en sí, pues ninguno tienen, sino porque su amor quiere poner en ellas lo que no tienen. Es amor creador el amor de Dios. Así se explica que se sienta más inclinado hacia donde hay menos, y donde puede poner más; que busque la miseria y sea misericordioso.

«Convertirse significa retornar a la gracia misma de nuestra vocación, meditar la inmensa bondad y el amor infinito de Cristo, que se ha dirigido a cada uno de nosotros y, llamándonos por nuestro nombre, ha dicho: "*Sígueme*". Convertirse quiere decir dar cuenta en todo momento

de nuestro servicio, de nuestro celo, de nuestra fidelidad, ante el Señor de nuestros corazones, para que seamos ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios (**1Co 4, 1**). Convertirse significa darnos cuenta también de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de fe y esperanza, de pensar únicamente "demodo humano", y no "divino". (...) Recordemos a este propósito la advertencia hecha por Cristo al mismo Pedro (**cf. Mt 16,23**). Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el Sacramento de la reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, dominarnos, realizar conquistas espirituales y dar alegremente, porque Dios ama al que da con alegría (**2Co 9, 7**). Convertirse quiere decir "orar en todo tiempo y no desfallecer" (**Lc 18. 1, Jn 4. 35**)²¹.
(Juan Pablo II)

Nos ponemos en manos de nuestra Madre:

«El rey debe ante todo dedicarse a las obras de misericordia, pero no de modo que dejan de usar la justicia contra los criminales cuando es debido. No obra así María, que aunque reina no lo es de justicia, preocupada del castigo de los malhechores, sino reina de la misericordia, atenta únicamente a la piedad y al perdón de los pecadores. Por eso la Iglesia quiere que la llamemos expresamente reina de la misericordia»²².

Ave María purísima, sin pecado concebida.

²¹ JUAN PABLO II, *Carta Novo incipiente*. Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del jueves santo de 1979, 10.

²² SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María*, Cap I, María es reina de misericordia.